

«Pisa... y POR «EL CURIOSO

A L margen de un suceso callejero-matrimonial, surgió tardes pasadas animada discusión en el gabinete de espera de un médico, convertido en tertulia, sobre las diversas actitudes que adoptan los maridos cuando se les corre la esposa.

—Es incomprendible — sostenía uno de los contertulios, casado, por supuesto — que un marido trate de rescatar la esposa prófuga, y hasta haga la denuncia a la policía para que se la busquen, capturen y devuelvan. Que la esposa nos abandona, pues, ¡albricias!, como en el tango argentino, “¡cantemos victoria, ya estoy en la gloria, se fué mi mujer!”

—Y, ¿qué opina usted que debe hacerse en casos semejantes?—interrogó uno.

—Pues “a enemigo que huye, puente de plata”... dejarla que se vaya, y tomar las medidas oportunas para que no pueda volver.

—Y, ¿si se tiene la desgracia de sorprender a la compañera en brazos de un amante?

Entonces intervine yo, expresando:

—Hace mucho tiempo que tengo expuesta y patentada una fórmula maravillosa, que resuelve a las mil maravillas, a favor del esposo ofendido la situación que a éste se le crea al convertirse el matrimonio en triángulo, con la aparición del amante. Ya, después de suprimido felizmente entre nosotros el adulterio como delito y con él aquel monstruoso artículo 437 del Código Penal, al amparo del cual los maridos mataban impunemente a sus esposas...

(Continúa en la pág. 6)

amigos y conocidos, ante la sociedad. Una de esas tonterías es la de dar parte a los cuerpos policíacos para “la busca, captura y conducción” de la costilla corrida. ¡Nada de eso! Mi fórmula es la solución.

—Pero, ¿cuál es su fórmula? —me preguntó impaciente el marido a que antes me referí.

—Pues mi fórmula está expresada en esta frase: “Ahí te la dejo”.

¿Que se le corre a un marido su mujer? Pues el marido resuelve a las mil maravillas su situación y su posición, sancionando la corrida, y diciéndole al amante: ¡Ahí te la dejo! No sólo tiende definitivamente ese “puente de plata” a la enemiga que huye, sino que, además, realiza la más cruel y refinada venganza con el amante y su ex-cónyuge, y les inflige, al mismo tiempo, el más duro castigo.

“Ahí te la dejo”. ¿Saben ustedes el valor, significación y trascendencia que tienen para el amante y la esposa infieles estas cuatro palabritas lanzadas en tal ocasión por un marido, al rostro de aquellos? Pues significan nada más, ¡y nada menos!, que la instantánea transformación del amante en marido: ¡la catástrofe! De su posición sabrosa, cómoda, sin responsabilidades ni obligaciones, de amante, se convierte en ese ser odioso y odiado, en marido, con las cargas adhe-

rentes con la mujer —V rrumpr —Y éxito te, lo porqu serlo y ne el Yo otra llosa te, ut ro; el situac tiene ciones y noc de los g

si la máquina estaba en buenas condiciones y darle una última inspección. Cuando llegamos a un plateau nos interesó saber que la máquina francesa ya había llegado. André y yo corrimos para verla. Encontramos a un muchacho mecánico, de unos 17 años, trabajando en ella y nos presentamos viviendo pidiéndole que nos dejara ver si es caso. El muchacho dijo que se llamaba André, que era un excelente estudiante de mecánica y que tenía mucho placer en mostrarnos todos estos detalles. Le dimos las gracias, y luego, cortesmente contemplamos a nuestro placer la maquinaria más inferior que jamás vimos.



El joven André se mostró tan político, cortés y entusiasta, que quisimos desilusionarlo, pero la verdad es que la segadora francesa...

Mientras nos alejábamos pudimos escuchar como le dedicaba un mensaje al pobre André por habernos permitido ver la máquina. En nuestro viaje de regreso, Bichi y yo comentamos el hecho de que lejano oeste y carteras como las de nación de rodeo, vaquerismo del sábado. También fue una combinación de reportaje del aparato y un pobre tractor Earthworm la película “Ben-Hur”. Pero la nota

«Pisa y Corre!»

Cartel, abril 5, 1931.

POR «EL CURIOSO PARLANCHÍN»

AL margen de un suceso callejero-matrimonial, surgió tardes pasadas animada discusión en el gabinete de espera de un médico, convertido en tertulia, sobre las diversas actitudes que adoptan los maridos cuando se *les corre* la esposa.

—Es incomprendible — sostenía uno de los contertulios, casado, por supuesto — que un marido trate de rescatar la esposa prófuga, y hasta haga la denuncia a la policía para que se la busquen, capturen y devuelvan. Que la esposa nos abandona, pues, ¡albricias!, como en el tango argentino, “¡cantemos victoria, ya estoy en la gloria, se fué mi mujer!”

—Y, ¿qué opina usted que debe hacerse en casos semejantes?—interrogó uno.

—Pues... “a enemigo que huye, puente de plata”... dejarla que se vaya, y tomar las medidas oportunas para que no pueda volver.

—Y, ¿si se tiene la desgracia de sorprender a la compañera en brazos de un amante?

Entonces intervino yo, expresando:

—Hace mucho tiempo que tengo expuesta y patentada una fórmula maravillosa, que resuelve a las mil maravillas, a favor del esposo *ofendido* la situación que a éste se le crea al convertirse el matrimonio en triángulo, con la aparición del amante. Ya, después de suprimido felizmente entre nosotros el adulterio como delito y con él aquel monstruoso artículo 437 del Código Penal, al amparo del cual los maridos mataban impunemente a sus esposas infieles; ya, repito, en Cuba, ningún esposo mata, porque sabe que ahora va a la cárcel como un vulgar asesino. Ya no se “preparan” esas “sorpresas” de adulterio que antes tan friamente se arreglaban para vengar, sin peligro, el “honor ultrajado”.

Ahora estamos algo más civilizados, humanizados: nos divorciamos... y a otra cosa. Pero todavía hay maridos que no pueden prescindir de los viejos prejuicios sociales y considerándose en ridículo cuando la mujer se *les corre*, hacen mil tonterías para quedar bien ante los

amigos y conocidos, ante la sociedad. Una de esas tonterías es la de dar parte a los cuerpos policíacos para “la busca, captura y conducción” de la costilla *corrida*. ¡Nada de eso! Mi fórmula es la solución.

—Pero, ¿cuál es su fórmula? —me preguntó impaciente el marido a que antes me referí.

—Pues mi fórmula está expresada en esta frase: “*Ahí te la dejo*”.

¿Que se *le corre* a un marido su mujer? Pues el marido resuelve a las mil maravillas su situación y su posición, sancionando la *corrida*, y diciéndole al amante: ¡Ahí te la dejo! No sólo tiende definitivamente ese “puente de plata” a la enemiga que huye, sino que, además, realiza la más cruel y refinada venganza con el amante y su ex-cónyuge, y les inflige, al mismo tiempo, el más duro castigo.

“Ahí te la dejo”. ¿Saben ustedes el valor, significación y trascendencia que tienen para el amante y la esposa infieles estas cuatro palabritas lanzadas en tal ocasión por un marido, al rostro de aquellos? Pues significan nada más, ¡y nada menos!, que la instantánea transformación del amante en marido: ¡la catástrofe! De su posición sabrosa, cómoda, sin responsabilidades ni obligaciones, de amante, se convierte en ese ser odioso y odiado, en marido, con las cargas adhe-

rentes a tan cargante cargo, o sea con la obligación de cargar con la mujer...

—Voy entendiendo — me interrumpió el marido curioso.

—Y ampliaré mi explicación. El éxito que tiene en la vida el amante, lo bonito de su papel, es... porque es amante. Apenas deje de serlo y se convierta en marido, viene el desastre.

Yo he definido también, con otra frase patentizada, la maravillosa posición y situación del amante, utilizando un término beisbolero; el amante se encuentra en la situación de “*pisa y corre*”. No tiene responsabilidades ni obligaciones, ni la lata de aguantar día y noche a su mujer, ni la carga de los gastos de la casa. El ve a la mujer de cuando en cuando y por breve tiempo, tiempo que por breve es necesario no desperdiciar en cosas prosaicas, sino consagrarlo por completo a las expansiones amorosas. Ama y se va. “*Pisa y corre*”. ¡Encantadora vida! ¡Deliciosa posición! Desde luego, le hará a la mujer amada firmes juramentos de vivir juntos si ella—y él también, si es casado—logra romper el yugo matrimonial. Pero, ¡que no se presente el caso!, porque entonces la pobre mujer verá rodar por tierra todos esos juramentos y todas esas esperanzas e ilusiones. ¡Verá co-

rrerse a su amante, zafar el cuerpo y endilgarle a otro el mandato!

Por ello decía que mi fórmula de “Ahí te la dejo”, era maravillosa para resolver al marido la *corrida* de su mujer. Le deja su esposa al amante; y el amante, que como tal estaba metido en el lío por lo cómodo de su posición, porque iba sólo de “*pisa y corre*”, se ve transformado, por esa frase del esposo en ¡marido! ¿Qué mayor castigo? ¿Y qué mayor castigo, también para la esposa infiel cuando sufra,—que irremediamente lo sufrirá—el abandono de su amante? Bueno, es como quedarse en la calle y sin llavín.

—¡Admirable fórmula, en verdad!—exclamó el esposo iniciador de la polémica.—Si se me presenta el caso, la aplicaré en seguida, convirtiéndolo al futuro amante de mi mujer, de amante de “*pisa y corre*”... en marido. Y si es tan buen marido como yo, ¡buena se le prepara a mi pobrecita esposa infiel! Y al amante que le toque quedar transformado, al conjuro de las palabras “Ahí te la dejo”, en marido, ¡buen saco de calamidades se va a echar a cuestras!

—Pero,—interrumpió otro contertulio—con esas fórmulas, teorías y máximas, se destruye el hogar, la familia, la santidad del matrimonio, bases indispensables de la sociedad. Fíjense ustedes como la Iglesia Romana en estos últimos meses ha recordado a sus fieles los sagrados preceptos sobre el matrimonio y contra el divorcio, haciendo formidable defensa de la institución matrimonial.

—Pues, amigo mío,—le repliqué yo,—a pesar de esa defensa que usted dice, la iglesia ha sido y es contraria al matrimonio.

—¿Cómo? ¡Imposible!

—¿Imposible? Muy cierto. Y nada menos que los Santos Padres. Verá usted.

En la Epístola a los Corintos, base del matrimonio, el apóstol San Pablo dice, capítulo VII, versículos 20, 26 y 29:

“20. Manténgase cada uno en el estado que tenía cuando Dios le llamó”

(Continúa en la pág. 56)

